

## LADRA, PANCHO, LADRA

El perro pastor alemán Pancho, entre sonoros y desgarradores ladridos, porfiaba en tratar de liberarse de la correa extensible que, atada a una farola, pese a sus más de dos metros de longitud, le impedía alcanzar el círculo de sombra que proyectaba el cerezo plantado en el jardín comunitario de la vecindad.

Adelaida Laguna, una anciana octogenaria que escribía poemas líricos cada vez que el recuerdo de su marido difunto la inspiraba, un día sí y otro también, vecina de Beatriz Bayona, la joven dueña de *Pancho*, ayudada por el vecino del piso inferior, bajó una sombrilla de playa al jardín y la colocó estratégicamente para que protegiera al animal de los implacables rayos del sol que, en contra del pronóstico meteorológico, se había abierto paso entre los densos nubarrones. Pancho, aliviado, redujo un poco la intensidad y la frecuencia de sus ladridos, sólo un poco, ya que lo que él anhelaba sobre todo era moverse a su antojo.

Al oscurecer, en cuanto Adelaida sintió que Beatriz Bayona había vuelto de su jornada laboral, llamó al timbre de la casa de su vecina para informarle de las accidentadas peripecias de Pancho, el cual, mientras tanto, olvidados sus apuros matutinos, agitaba el rabo entre las piernas de su dueña.

La joven, que respetaba a Adelaida y amaba a su perro, tras reconocer y lamentar su negligencia, salió a la carrera de casa y, un minuto antes de que cerrase la clínica veterinaria del barrio, compró una correa muchísimo más larga.

Al día siguiente, cuando Beatriz se marchó a trabajar, a las nueve menos cuarto de la mañana, Pancho pudo corretear incansablemente en torno al poste al que estaba atado, y, luego, cuando el sol alcanzó su cénit, gracias a la longitud generosa de la correa, descansar en el fragmento de sombra que se extendía en torno al cerezo. Durante

el tiempo que permaneció en el jardín, sólo ladró una docena de veces, y lo hizo para expresar la alegría perruna que le embargaba. Un día más de vida... Guau, guau, guau.

Sin apenas ladridos, el dueño del hipermercado La Colmena, Serafín Aguirre, quien vivía en el segundo piso del edificio que se alzaba a unas decenas de metros del jardín donde Pancho hacía de las suyas, después del almuerzo, durmió por fin una reparadora siesta de casi noventa minutos. Esa tarde, Serafín se presentó de muy buen humor en La Colmena, y, en las siguientes horas, dio unas cuantas órdenes, como era habitual en un hombre inquieto como él, pero lo hizo con una inusitada amabilidad.

Eva Ventura, la joven cajera de La Colmena, estudiante de música en otros tiempos no muy lejanos, reconfortada por no haber recibido en la jornada vespertina ni una sola reprimenda de su jefe, al llegar a casa, se sintió lo suficientemente animada como para desenfundar el violín y tocar su tema preferido, “*Aire*”, de Johann Sebastian Bach.

El *aire* musical se coló por la ventana del piso inmediatamente superior al de Eva, en el cual vivía Jacobo Lázaro, un periodista que pertenecía a la plantilla del diario La Voz de Hoy; el hombre, inspirado por la *suite*, la obra que más le emocionaba de Bach, se puso al instante en el tono creativo apropiado para redactar el artículo de opinión que publicaba cada dos días en la última página del periódico, el cual tituló con unas sugestivas palabras: “*Para aprender, cualquier edad es buena*”, a la postre, el trabajo al que, meses después, la Asociación Nacional de Periodistas concedería el premio al Mejor Artículo del Año.

El texto, al ser leído al día siguiente por Carmen Rosales, una conocida maestra de escuela ya jubilada, produjo en ella tal sensación de bienestar que, en cuanto lo relejó por tercera vez, ni corta ni perezosa, escribió una carta a la antigua usanza, con

sobre y sello, para expresar, con encendidos epítetos, su agradecimiento eterno al autor, epístola que remitió de inmediato por vía urgente a la dirección de La Voz de Hoy.

Jacobo Lázaro, cuando tuvo en sus manos la nota escrita por tan insigne lectora, ebrio de confianza en sí mismo, en un abrir y cerrar de ojos, superado el miedo al rechazo que lo paralizaba desde hacía meses, se presentó ante la veinteañera telefonista de La Voz de Hoy, y, mirándola intensamente a los ojos, le declaró el amor que sentía por ella desde tiempo atrás, en cuanto confirmó en primer plano y de palabra lo que había percibido en la corta distancia.

La joven telefonista, Beatriz Bayona, quien era dueña de un perro pastor alemán que, a base de tesón, correrías y aparatosos ladridos, había logrado que lo atasen a la farola del jardín vecinal con una correa mucho más larga, en cuanto concluyó su jornada de trabajo en el periódico, acompañado de Pancho, se encaminó hacia la casa de su hermana mayor, Aura, que vivía en una urbanización situada en las afueras de la ciudad, a un kilómetro, a comunicarle la buena nueva: “Está enamorado de mí el hombre del que llevo enamorada en secreto más de un año. ¿No te parece maravilloso, Aura?”. Por supuesto que se lo parecía. La vida es bella, a veces, sí.

Esa noche, Aura, bajo los efectos euforizantes de la formidable noticia que le había proporcionado su hermana pequeña, a la que tanto quería, se arrimó a su marido incluso más de lo que lo hizo su inolvidable noche de bodas, dos lustros atrás, cuando, aunque las nubes encapotaban el firmamento, entre suspiros, ella vio a la luna alumbrar el cielo de sus desvelos.

Por su parte, Alberto Expósito, el marido de Aura, quien también guardaba en el santuario de su memoria las apasionadas escenas de la noche de bodas, al cabo de unas horas, por la mañana temprano, con la mente despejada y el cuerpo relajado, decidió llamar por teléfono a su hermana menor, Alejandra, tan cerca y tan lejos, con quien no

cruzaba una palabra desde hacía varios meses, a raíz de una absurda y desagradable discusión provocada por un asunto doméstico que, a pesar de sus efectos devastadores, ante la luz que proyectaba su estado de ánimo, le resultaba ciertamente ridículo.

Alejandra Expósito, en cuanto colgó el teléfono, eufórica, se acicaló a toda prisa y, vestida de tiros largos, salió en estampida de la casa. Confiaba en que el corazón de Serafín Aguirre, el dueño del hipermercado La Colmena, la estuviera todavía esperando...

Ladra, *Pancho*, ladra.

Salvador Robles